

TOM PERROTTA

ASCENSIÓN

PÁGINAS DE MUESTRA

 Colmena Ediciones

PRÓLOGO

A Laurie Garvey no la educaron para creer en la Ascensión. No la educaron para creer en casi nada, excepto en que el propio hecho de creer era una tontería.

«Somos agnósticos», les solía decir a sus hijos cuando eran pequeños y buscaban una palabra para definirse a sí mismos frente a sus amigos católicos, judíos y unitarios. «No sabemos si Dios existe y nadie puede saberlo. Hay gente que dice que lo sabe, pero en realidad no es así».

La primera vez que oyó hablar de la Ascensión fue durante su primer año de universidad, en la asignatura de Introducción a las religiones del mundo. El fenómeno descrito por el profesor le sonaba a chiste: hordas de cristianos que flotaban sin ropa y volaban por encima de los tejados de sus casas para reunirse en el cielo con Jesús, mientras todo el mundo se quedaba boquiabierto, preguntándose a dónde habían ido todas las buenas personas. La teología le resultaba enrevesada, a pesar de haber leído el capítulo sobre premilenialismo del libro de texto: todo ese galimatías sobre el Armagedón, el Anticristo y los cuatro jinetes del Apocalipsis. Daba la

impresión de ser una religión *kitsch*, hortera como un estampado de leopardo, el tipo de fantasía que gusta a esa clase de personas que se alimentan a base de comida frita, zurrán a sus hijos y no tienen ningún problema con la teoría de que su Dios lleno de amor creó el SIDA para castigar a los homosexuales. Cuando veía a alguna persona leyendo las novelas de *Los que quedaron atrás* en algún aeropuerto o en algún tren, sentía una punzada de lástima e incluso una pizca de ternura hacia el pobre necio que no tenía nada mejor que leer y nada mejor que hacer que soñar con el fin del mundo.

Y entonces, ocurrió. La profecía bíblica resultó ser cierta, al menos en parte. La gente desapareció, millones de personas al mismo tiempo, por todo el mundo. No tuvo nada que ver con historias antiguas —como la del muerto resucitado en la época del Imperio romano—, o con viejas leyendas locales como la de Joseph Smith que habló con un ángel y desenterró unas planchas de oro al norte de Nueva York. Fue real. La Ascensión también afectó a su pequeña ciudad, se llevó a la hija de su mejor amiga, entre otros, mientras Laurie estaba en su casa. La intrusión de Dios en su vida no habría sido más clara de haberse aparecido ante ella en forma de zarza ardiente.

O al menos así podría pensarse. Pero ella trató de negar lo que era obvio durante las semanas y meses posteriores, aferrándose a sus dudas como a un salvavidas, apelando con desesperación a científicos, eruditos y políticos que insistían en que la causa de lo que llamaban la Marcha Repentina seguía siendo desconocida, y pedían al público prudencia a la hora de sacar conclusiones precipitadas, hasta que el comité gubernamental independiente que estaba estudiando lo sucedido hubiese emitido un informe oficial.

—Ha ocurrido una tragedia —repetían los expertos una y otra vez—. El fenómeno pudo parecerse a la Ascensión, pero no creemos que se tratase de la Ascensión.

Curiosamente, muchas de las voces que con más insistencia defendían este argumento pertenecían al entorno cristiano, en el que no se pasaba por alto el hecho de que muchas de las personas desaparecidas el 14 de octubre —hinduistas, budistas, musulmanes, judíos, ateos, animistas, homosexuales, esquimales, mormones, zoroástricos o lo que narices fueran— no habían aceptado a Jesucristo como su salvador. Podía verse a la legua que había sido una cosecha aleatoria, y lo único que la Ascensión no podía ser era aleatoria. Su razón de ser era separar el grano de la paja, recompensar a los verdaderos creyentes y poner al resto del mundo sobre aviso. Una Ascensión indiscriminada no era, ni mucho menos, una Ascensión.

Así que era fácil sentirse confuso, tirar la toalla y clamar sin más que no se sabía lo que estaba pasando. Pero Laurie lo sabía. En lo más profundo de su corazón, desde el mismo momento en que ocurrió, *lo sabía*. Era una de los que se habían quedado atrás. Todos habían sido descartados. Daba igual si Dios no había tenido en cuenta la religión de cada cual a la hora de elegir; si acaso, eso lo hacía peor aún, lo convertía en un rechazo más personal. Y así, prefirió ignorar esta evidencia y ocultarla en algún lugar recóndito de su mente, en el trastero en el que se guardan las cosas en las que se hace insoportable pensar, el mismo lugar en el que se esconde la evidencia de que un día se morirá, para poder vivir sin estar deprimido cada minuto de cada día.

Además, tuvo mucho trabajo en aquellos primeros meses después de la Ascensión, su hija se pasaba todo el día en casa, ya que habían cancelado las clases en Mapleton,

y su hijo había regresado de la universidad. Había compras que hacer y lavadoras que poner, como tiempo atrás, comida que preparar y platos que fregar. También había servicios conmemorativos a los que asistir, presentaciones de diapositivas de las que dar cuenta, un montón de conversaciones agotadoras... Dedicó mucho tiempo a la pobre Rosalie Sussman, la visitaba casi cada mañana para tratar de ayudarla a soportar su inconmensurable tristeza. En ocasiones, hablaban de su hija desaparecida, Jen —qué simpática era, siempre sonriendo, etcétera—, pero la mayor parte de las veces se sentaban juntas sin decir ni una palabra. El silencio era grave y firme, como si nada de lo que pudieran decir fuera lo bastante importante como para romperlo.

Durante el otoño siguiente, comenzaron a verse personas vestidas de blanco por la ciudad, en parejas del mismo sexo, siempre fumando. Laurie conocía a algunos de ellos: Barbara Santangelo, cuyo hijo iba a la clase de su hija; Marty Powers, que antes jugaba a *softball* con su marido y cuya esposa había desaparecido en la Ascensión, o lo que hubiera sido aquello. En general, ignoraban al resto, pero a veces se dedicaban a seguir a la gente, como si fueran detectives privados a los que alguien había pagado para ir tras sus pasos. Si se les decía hola, respondían con una mirada inexpresiva; pero, si se les hacía alguna pregunta más sustanciosa, sacaban una tarjeta que tenía impreso, en una de sus caras, el siguiente mensaje:

SOMOS LOS CULPABLES REMANENTES. HEMOS HECHO UN VOTO DE SILENCIO. ESTAMOS FRENTE A TI COMO ADVERTENCIAS VIVIENTES DEL ASOMBROSO PODER DE DIOS. EL JUICIO FINAL HA LLEGADO.

En la otra cara de la tarjeta, en letra pequeña, había una dirección de Internet, que podía consultarse para obtener más información: *www.guiltyremnant.com*.

Fue un otoño extraño. Había pasado un año desde la catástrofe, los supervivientes habían soportado el golpe y se habían encontrado, para su sorpresa, con que aún seguían allí, aunque algunos se mantuvieran menos firmes que otros.

De una forma vacilante, frágil, las cosas comenzaban a volver a la normalidad. Las escuelas habían vuelto a abrir y la mayoría de la gente había vuelto al trabajo. Los fines de semana, los niños jugaban al fútbol en el parque, e incluso había algunos «truco o trato» en Halloween. Los antiguos hábitos estaban volviendo; la vida retomaba su forma anterior.

Pero a Laurie no le resultaba tan fácil aceptarlo. Además de cuidar de Rosalie, se preocupaba hasta la angustia por sus propios hijos. Tom había vuelto a la universidad para el semestre de primavera, pero había caído bajo la influencia de una especie de autoproclamado «profeta sanador» que respondía al nombre de Santo Wayne; faltaba a todas las clases y se negaba a volver a casa. Había llamado por teléfono un par de veces durante el verano para decir que se encontraba bien, sin explicar dónde estaba o lo que hacía.

Jill luchaba contra la depresión y el estrés postraumático —cómo no lo iba a sufrir, si Jen Sussman había sido su mejor amiga desde preescolar—, pero no quería hablar con Laurie sobre el tema ni acudir a un especialista. Entre tanto, su marido parecía insólitamente animado y siempre venía con buenas noticias. El negocio estaba en auge, el tiempo era óptimo, corría casi diez kilómetros en menos de una hora... parecía increíble.

—Y tú, ¿qué? —le preguntaba Kevin, para nada cohibido pese a sus pantalones de licra, con una cara radiante de salud y una ligera capa de sudor—. ¿Qué has hecho hoy?

—¿Yo? Ayudar a Rosalie con su álbum de recortes.

Él hacía una mueca con una mezcla de desaprobación y paciencia.

—¿Todavía está con eso?

—No quiere terminarlo. Hoy hemos dado un repaso a la trayectoria de Jen como nadadora; hemos estado viendo cómo iba creciendo cada año, cómo cambiaba su cuerpo en ese traje de baño azul. Era muy triste.

—Esto... —Kevin se ponía hielo del dispensador integrado de la nevera en el vaso.

Ella sabía que no estaba escuchando; sabía que había perdido interés en el tema de Jen Sussman meses atrás.

—¿Qué hay de cenar?

No se puede decir que a Laurie le sorprendiera que Rosalie se uniese a los Culpables Remanentes. Había estado fascinada por el grupo de indumentaria blanca desde que los vio por primera vez, y se preguntaba a menudo en voz alta cómo de duro sería mantener un voto de silencio, sobre todo si uno se tropezaba con un viejo amigo, alguien a quien no hubiera visto en mucho tiempo.

—Habrá cierta flexibilidad en casos así, ¿no te parece?

—No sé —dijo Laurie—. Lo dudo. Son fanáticos. No les gustan las excepciones.

—¿Incluso aunque se tratase de tu hermano y no lo hubieras visto en veinte años?

—Pregúntaselo a ellos, no a mí.

—¿Cómo? No pueden hablar.

—Mira en su página web.

Rosalie entró muchas veces en aquella página web a lo largo del invierno. Hizo una buena amistad por Internet —evidentemente, el voto de silencio no se extendía a la comunicación electrónica— con la Directora de Promoción Comunitaria, una mujer simpática que respondía a todas sus preguntas y la ayudaba con sus dudas y reservas.

—Se llama Connie. Era dermatóloga.

—¿En serio?

—Vendió su consulta y donó las ganancias a la organización. Lo hace mucha gente. No es barato mantener a flote algo así.

Laurie había leído un artículo sobre los Culpables Remanentes en el periódico local, por lo que sabía que había al menos sesenta personas viviendo en sus «instalaciones» en Ginkgo Street, una subdivisión con ocho casas, cedida a la organización por el propio constructor, un hombre pudiente que respondía al nombre de Troy Vincent y que ahora vivía allí como un miembro más, sin ningún privilegio.

—¿Y tú qué? —preguntó Laurie—. ¿Vas a vender la casa?

—Ahora mismo no. Hay un periodo de prueba de seis meses. Hasta entonces no tengo que tomar ninguna decisión.

—Me parece sensato.

Rosalie meneó la cabeza, como si se sorprendiera de su propia osadía. Laurie se daba cuenta de lo nerviosa que estaba, ahora que había tomado la decisión de cambiar su vida.

—Será extraño llevar siempre ropa blanca. En el fondo me gustaría que fuera azul o gris, o algo así. El blanco no me sienta bien.

—No me puedo creer que vayas a empezar a fumar.

—Ehm... —Rosalie hizo una mueca. Ella era uno de esos no fumadores radicales, el tipo de persona que se agita la mano con frenesí delante de la cara cuando está a menos de siete metros de un cigarro encendido—. Tardaré en acostumbrarme. Pero es como un sacramento, ¿sabes? Tienes que hacerlo. No hay elección.

—Pobres pulmones.

—No viviremos lo suficiente para tener cáncer. La Biblia dice que la Tribulación que sigue a la Ascensión durará 7 años.

—Pero aquello no fue la Ascensión —dijo Laurie, tanto para ella misma como para su amiga—. No lo fue.

—Deberías venirte conmigo. —La voz de Rosalie era apacible y seria—. Podríamos ser compañeras de piso o algo así.

—No puedo —repuso Laurie—. No puedo abandonar a mi familia.

Familia: se sintió mal incluso por decir la palabra en voz alta. Rosalie no tenía familia de la que hablar. Se había divorciado hacía años y Jen era su única hija. Tenía una madre y un padrastro en Michigan, y una hermana en Minneapolis, pero no hablaba demasiado con ellos.

—Me lo había imaginado. —Rosalie se encogió de hombros con resignación—. Pero al menos tenía que intentarlo.

Una semana después, Laurie llevó en coche a Rosalie hasta Ginkgo Street. Era un día precioso, rebotante de luz y adornado con el canto de los pájaros. Las casas resultaban imponentes; grandiosos edificios coloniales de tres plantas, con algo más de dos mil metros cuadrados de terreno, que

probablemente podían haberse vendido por millones de dólares o más cuando se construyeron.

—¡Guau! —dijo—. Es bastante lujoso.

—Lo sé. —Rosalie emitió una risa nerviosa. Iba vestida de blanco y llevaba una pequeña maleta, sobre todo con ropa interior y productos para el aseo, además del libro de recortes al que tanto tiempo había dedicado—. No puedo creer que lo esté haciendo.

—Si no te gusta, solo tienes que llamarme y vengo a buscarte.

—Creo que estaré bien.

Caminaron hasta una casa blanca con las palabras OFICINA CENTRAL pintadas sobre la puerta delantera. Laurie no podía entrar al edificio, así que le dio a su amiga un abrazo de despedida ante la escalera de entrada. Luego se quedó mirando cómo una mujer con cara pálida y agradable, que podía ser o no ser Connie, la antigua dermatóloga, conducía a Rosalie al interior.

Transcurrió casi un año antes de que Laurie regresara a Ginkgo Street. También fue en un día de primavera, algo más frío, no tan soleado. Esta vez era ella la que vestía de blanco; llevaba una maleta pequeña. No pesaba mucho, se trataba solo de ropa interior, un cepillo de dientes y un álbum con fotografías de su familia cuidadosamente escogidas, un breve expediente visual de las personas a las que había amado y dejaba atrás.